

Unidad 6

- El Querer Humano. Sección II: La Voluntad

CAPITULO IV
EL QUERER HUMANO

SECCION II: LA VOLUNTAD

ESQUEMA

I. Existencia de la voluntad

1. Irreductibilidad de la volición a los conocimientos
2. Irreductibilidad de la voluntad a las tendencias sensitivas

II. Naturaleza y proceso de la volición

1. Proceso de la volición no deliberada
2. El proceso de la volición deliberada
3. El objeto de la voluntad
4. La espiritualidad de la voluntad

En el hombre existe, ciertamente, un apetito sensible que se forma siguiendo el conocimiento sensible. El hombre posee también, como se vio en el capítulo precedente, un conocimiento intelectual, universal, abstracto. Sabe qué es el pan, qué es la carne, qué es el vino y tiene inclinaciones hacia ellos. Por esto el hombre, además de apetito sensible, está dotado también, y específicamente, de un apetito intelectual. A este último lo llamamos voluntad, y será el objeto de la presente sección.

I. EXISTENCIA DE LA VOLUNTAD

La voluntad es una facultad o capacidad de producir actos; estos actos son llamados: querer, actos volitivos, volición, etc. Por volición entendemos un acto de tendencia consciente que se dirige hacia un objeto propuesto por el conocimiento intelectual. Esta actividad presupone, por tanto, una facultad denominada *voluntad*, y por eso su acto se llama *volición*. Los actos provenientes de la voluntad son actos tendenciales, y se distinguen de las tendencias estudiadas hasta ahora, en cuanto se dirigen hacia objetos presentados sólo por el conocimiento intelectual.

La existencia de la voluntad es tan evidente que no habría necesidad de pruebas. Ha habido, sin embargo, pensadores que han pretendido reducirla a otras actividades psicológicas, como el conocimiento o las tendencias sensibles¹.

1. Irreductibilidad de la volición al conocimiento

Este argumento se funda en el hecho de la unidad del hombre y de la existencia en él de una actividad cognoscitiva espiritual. En el hombre las diversas actividades forman un todo y colaboran para que el

¹ Reducen la voluntad al conocimiento intelectual las teorías intelectualistas, como la de Espinoza: la voluntad corresponde a las ideas claras de la razón, como la pasión corresponde a las ideas confusas de la imaginación; voluntad e inteligencia son una sola e idéntica cosa (*Ethica*, II, pr. 49). Los asociacionistas, como Spencer, explican la voluntad como la asociación de sensaciones e imágenes a través de diferenciaciones y concatenaciones progresivas de los datos elementales

hombre alcance la perfección de su ser. Con la actividad intelectual el hombre conoce la realidad y percibe el bien y los valores, pero no puede poseerlos y no lo enriquecen a no ser intencionalmente. En este nivel el hombre es como un espectador. Por eso se requiere una tendencia real hacia el objeto conocido, que lleve a cabo, en el plano real, lo que es conocido y poseído hasta ahora sólo intencionalmente; así, el hombre no sólo es espectador sino también actor. La volición *tiende* hacia un objeto no con el simple fin de representarlo, sino para abrazarlo y poseerlo. Si por ejemplo yo quiero comer un pastel, recurriré a los medios oportunos para hacerlo; nadie dirá que el mero conocimiento del pastel ha saciado mi apetito. Es imposible, pues, confundir la tendencia hacia un objeto con el mero conocimiento del mismo.

2. Irreductibilidad de la voluntad a las tendencias sensibles

Esta proposición se podría demostrar *a priori*, ya que siendo la tendencia una actividad que se dirige al objeto previamente conocido, se sigue que haya tantos tipos de tendencias como tipos de conocimiento; pero el conocimiento intelectual es irreducible al conocimiento sensible; por tanto, las tendencias que brotan del conocimiento intelectual deben ser también irreducibles a las tendencias que surgen del conocimiento sensible.

La irreductibilidad de la voluntad a las tendencias sensibles es afirmada principalmente por la experiencia cotidiana y por el comportamiento de los hombres, donde es evidente el contraste entre las tendencias sensibles y las voliciones. Los hombres toman medicinas amargas, soportan sacrificios, cultivan los campos, en los trópicos hierven el agua antes de bebería, etc.; este comportamiento implica la existencia de un conocimiento intelectual seguido de una tendencia hacia el objeto conocido como tal, de otro modo sería incomprensible que el hombre hiciese cosas contrarias a su bien sensible. En tales casos advertimos claramente que existen dos tendencias opuestas e irreducibles. La voluntad es, pues, el apetito intelectual que sigue al acto cognoscitivo intelectual.

II. NATURALEZA Y PROCESO DE LA VOLICION

La⁴volición es de por sí un acto simplísimo, pero no se realiza

sino por medio de un proceso más o menos complicado que conviene estudiar para conocer su naturaleza. Este proceso puede dividirse en dos tipos: la *volición no deliberada* y la *volición deliberada*.

1. Proceso de la volición no deliberada

Consta de tres fases bien diferenciadas, y comprende: a) un *conocimiento* intelectual práctico que presenta el objeto de modo apto para atraer o repeler la voluntad; b) la *tendencia* interna de la voluntad que se dirige hacia el objeto presentado, si es conveniente, o lo rechaza si es inconveniente; c) la *ejecución* de una actividad interior o exterior distinta de la tendencia y consecuente a ella.

De las tres fases, la primera es un prerrequisito indispensable para que exista la volición la cual, siendo una tendencia intelectual, puede dirigirse solamente a un objeto previamente conocido.

La segunda fase es la volición propiamente dicha. En ella hay que distinguir dos causas: la eficiente y la final. De hecho, una cosa es preguntarse quién es el agente de la volición o de qué fuerza proviene la actividad volitiva, y ésta es la facultad llamada voluntad; y otra es preguntarse por qué la volición se dirige hacia un determinado objeto en vez de hacia otro, y ésta es la causa final, es decir, el motivo por el cual la voluntad se decide a actuar en un determinado sentido. Este motivo no es otro que la bondad objetiva, o el valor que tiene el objeto presentado por el conocimiento, en relación con el sujeto. La voluntad por sí misma está decidida a apetecer el bien y una vez que éste le ha sido presentado por el conocimiento, ella tiende espontáneamente sin que preceda deliberación alguna. En el decidirse hacia un objeto que por sí mismo posea escasa fuerza de atracción, puede tener notable influencia el hábito, que es una tendencia adquirida.

Por último, la tercera fase no es sino un efecto de la volición, la cual influye sobre la ejecución de lo que ha decidido cuando llega el momento de actuar.

Gran parte de nuestras voliciones y las actividades que proceden de ellas en la vida cotidiana se dan por medio de este proceso volitivo no deliberado, fruto de hábitos y modos de pensar. Este modo de actuar se puede llamar voluntario espontáneo, en contraposición al voluntario deliberado. Muchas de las acciones que constituyen₅ la

conducta del hombre o su ordinario modo de actuar, son el resultado de esta volición espontánea; tales son, por ejemplo, las acciones externas del hablar, vestirse, saludar, comer y todos aquellos hábitos donde la voluntad interviene sólo para controlar y dirigir. Los actos de esta volición espontánea son actos voluntarios pero no libres y, por lo tanto, por sí mismos son moralmente indiferentes; y, si son buenos o malos, lo son sólo en su causa, es decir, en el acto de la voluntad libre que los produce y los acepta implícitamente como partes de un proceso más complicado, iniciado libremente por la voluntad.

2. El proceso de la volición deliberada

En la vida cotidiana de los hombres, junto a estos actos voluntarios no deliberados, se presentan ocasiones en las cuales el proceso de la volición se complica, porque antes de la acción tiene lugar la deliberación de los motivos. Este proceso de la volición deliberada consta también de tres fases: a) la deliberación, que termina en el juicio práctico; b) la elección; c) la ejecución de cuanto se ha decidido². Este proceso de la volición deliberada será objeto de estudio en la sección siguiente, cuando hablemos de la libertad.

3. El objeto de la voluntad

El objeto de la voluntad es siempre el bien conocido y, por tanto, nada se quiere si no es antes conocido. El hombre tiende hacia el bien como tal y Dios, que es el Bien Supremo, es el objeto último de la voluntad. Sin embargo, el hombre no conoce adecuadamente a Dios y, por lo tanto, la voluntad tiende hacia El de modo inadecuado. Si el ob-

²H. Bergson, *Es.sai sur Ies données immédiates de la cortscience en Oeuvres*, Puf, París 1959, págs. 108-115, ciertamente tiene razón en aclarar el carácter artificial de las distintas y sucesivas fases. La verdad es que, en la práctica, estas fases son intrínsecas unas a otras; «es precisamente de toda el alma de donde brota la decisión libre, y el acto será tanto más libre, cuanto la serie dinámica a la cual pertenece, tienda más a identificarse con el yo fundamental» (pág. 110). Todo esto es verdad, pero no prueba nada, porque el fragmentar el acto deliberado en fases distintas no es sino un modo convencional de analizarlo para comprenderlo mejor; más que fases cronológicas, son fases lógicas. No obstante, es necesario no invertir los términos del problema hasta el punto de eliminar un elemento esencial del acto libre, como es la deliberación.

jeto de la voluntad es el bien, quiere decir que el mal no es querido en sí mismo, sino sólo *sub specie boni*: se piensa que es un bien lo que en realidad es un mal³.

4. *La espiritualidad de la voluntad*

Si aceptamos que la voluntad es el apetito intelectual, y que el objeto hacia el cual tiende es espiritual porque es conocido por la inteligencia, debemos concluir que el acto de querer y la facultad de la cual proviene son también espirituales. La voluntad, dado que es espiritual, es capaz de reflexión completa: es capaz de querer querer y de amar.

³ Para que la voluntad tienda hacia algo no se requiere que eso sea bueno en realidad, sino que se conozca como bueno. Y por esto Aristóteles dice en el libro ii de la *Física*, c. 3, n. 5, 195a, 26, que el fin es el bien o aquello que aparece como bien.